

EL RITUAL DE LOS FUNERALES

René Bazin solía decir: *“no tengáis miedo a la muerte, porque sólo es un paso por un desfiladero angosto, oscuro, pero que se abre sobre la llanura de la luz”*.

El modo de entender la muerte le expresamos convenientemente a la hora de organizar nuestros funerales. Públicamente, con los familiares, amigos y vecinos, programamos un funeral que a todos conmueve y que suele estar acompañado por un buen grupo de personas. La fe o la increencia del difunto y sus familiares se expresa con actos, religiosos o laicos, bajo el mismo título: el funeral.

Del libro *“El duelo de los hermanos”* de **Mateo Bautista** y **Jesús Martín Bautista** tomo unos párrafos que nos hacen pensar sobre el ritual de los funerales:

“Es muy valioso asumir los ritos tanto religiosos como civiles, cuya inveterada existencia es prueba de eficacia y validez en el proceso del duelo. Las formas nos adentran en el fondo. Hubo ritos de entrada en la vida y de acogida, de permanencia y apoyo, ahora ha de haber ritos de salida y despedida. El proceso del duelo cuenta con ellos como instrumento personal y comunitario de ayuda contrastada. Ritos al servicio del difunto, de los dolientes, de los allegados y de la sociedad misma. Los ritos que nos introducen en el duelo acompañarán el proceso y estarán presentes hasta el final de ese camino.

Entre estos rituales toma importancia capital el funeral. No es raro que en la sociedad en la que vivimos, a la cual algunos definen como «modernidad líquida» (Z. Bauman), materialista, eficientista, individualista, cerrada a la trascendencia, que quiere exorcizar la muerte y hasta los duelos, pero que se desvive por su hechizo, se acorten los ritos de los funerales, se improvisen otros o se acuda a procedimientos «en la más estricta intimidad». Si los hijos «son hijos de la vida» (Gibrán), ¿los muertos no lo son? Pareciera no haber tiempo ni voluntad para la calma, apurando una despedida fugaz y precipitada. La rapidez, superficialidad e improvisación subjetiva, de carácter casi puramente emocional, ciertamente son signos de nuestra actual forma de entender la vida y la muerte y de conducirnos ante ellas. El funeral es importante como rito de entrada en el proceso del duelo, de amorosa despedida y entrega del difunto, valiosa herramienta comunitaria de pertenencia y solidaridad. ¡Qué paz recibí cuando en el funeral entregué a David y mi propio penar en las manos paternas de Dios, cuando vi, a mi familia tan acompañada, cuando percibí a tanta gente llorar por mi hermano querido!

Recientemente, admirando la armonía, calidez y belleza de la Pietá de Miguel Ángel, en la basílica de San Pedro del Vaticano, rememoré el funeral de mi hermano. ¿Armonía, calidez y belleza en una escultura que representa el mayor sufrimiento del mundo: la muerte del hijo, y la mayor tragedia: la muerte del Hijo de Dios en manos de los hombres delante de su madre? Ahí están la plena humanidad y la plena divinidad en un mismo duelo. Ahí está el duelo de Dios mismo. Ahí está el duelo de la Madre y de toda la humanidad violentada. Ahí está concentrado el sentido pleno del padecimiento y el camino correcto del duelo. La Virgen Madre, en un padecimiento tan extraordinario por los acontecimientos sucedidos en su presencia, con su mano derecha sostiene firmemente a su Hijo muerto en el regazo que un día lo concibió y protegió, y con la izquierda pide compasión para ella. ¡La Madre entregando a su Hijo muerto a su Padre celestial! No dice nada, porque su rostro mirando a su Hijo lo manifiesta todo. En su patética serenidad hay aflicción condensada, pero también paz y perdón. Contemplando la Pietá, comprendo mejor a mi mamá en duelo y observándola intuyo profundos mensajes en el duelo de la Virgen Madre. Los modelos de un sano duelo deben servirnos siempre de estímulo y ejemplo.

El funeral es también una forma de tranquila y serena despedida. En el seno de la comunidad, donde mi hermano David fue y es un ser significativo, sintiendo el calor del acompañamiento de todas las personas que te son cercanas y queridas, en la comunión de la muerte de tu difunto con la del propio Jesucristo, en ese contexto ritual, entregué a mi hermano, me despedí de él con un « ¡a-Dios! »: despedida de abrumadora aflicción por el desapego, pero también de esperanza y de vida”.